

CASCAMORRAS



525 Aniversario

Fiesta de Interés Turístico Internacional

Dignísimas autoridades civiles, militares y religiosas. Hermandad de la Virgen de la Piedad de Guadix y de Baza. Cascamorras. Señoras y señores.

Bienvenidos. Welcome. Bienvenu. Benvenuti. Willkommen. Siendo la fiesta del Cascamorras de interés turístico internacional y a un paso, como está, de ser reconocida como patrimonio cultural inmaterial de la humanidad, qué menos que arrancar el pregón dando la bienvenida en unos cuantos idiomas.

Empiezo mi intervención dando la bienvenida y también las gracias por encomendarme la tarea de pregonar las fiestas cascamorreras en su 525 aniversario. Es un orgullo grandísimo, como accitana que soy y me siento y por ser ésta una fiesta que desde pequeña he vivido mucho.

Agradezco a la Hermandad accitana de la Virgen de la Piedad esta oportunidad que me da para, igual que han hecho mis predecesores en estos menesteres, anunciar con entusiasmo que, un año más, Guadix manda al Cascamorras a Baza con la intención de que llegue sin pintar a la iglesia de la Merced y pueda, así, traerse la Virgen de la Piedad.

A la Hermandad y en particular a la familia López Lechuga/López Porcel, también quisiera agradecerles –agradecimiento al cual estoy segura querrán sumarse ustedes-, que hayan dado y den tanto por la fiesta, que estén haciendo tantísimo por perpetuarla, por garantizar que los más jóvenes sigan sintiendo como propia esta antigua fiesta. Para ellos pido un fuerte aplauso.

Queridas amigas, queridos amigos.

Les invito a hacer un viaje en el tiempo. Vayamos cinco siglos atrás. Echémosle también un poquito de imaginación. Busquemos a ese tal Juan Pedernal, obrero accitano con el cual todo empezó, según cuenta la leyenda.

¡Sí, ahí está! Pero no lo encontramos en Guadix. Resulta que le ha salido un encarguillo en Baza. Y ahí lo tenemos, en plena faena, intentando demoler una pared en las ruinas de una antigua mezquita donde pronto levantarán un templo cristiano. Parece cansado. Y es que picar muros es una tarea dura. Faltaba este calor pegajoso. ¡Ay! Es que en septiembre, en Baza, como en Guadix, salen todavía días de mucho calor.

¡Atención! Algo pasa. No es sólo fatiga lo que refleja la cara de nuestro albañil. Algo le ha hecho dejar el pico a un lado. Cree haber oído algo. “Tonterías”, se dice. “Será que estoy cansado”, se repite. Sigue picando. “¡Piedad!”, oye justo cuando el pico da con algo duro ahí abajo. Suelta la herramienta como si el mango estuviese ardiendo. “¡Hay alguien ahí abajo, detrás de esa piedra que asoma!”, se dice. Mira a su alrededor. Los otros obreros siguen trabajando con total normalidad. “¿Acaso nadie más ha escuchado esa voz?”, insiste para sí. Para evitar que le tomen por loco, intenta resolver el enigma por sí solo. Sigue picando, pero ahora con sumo cuidado. La extrañeza se convierte en perplejidad absoluta cuando da unos golpecitos a esa cosa, que de piedra no tiene nada, sino que es más bien un bulto de yeso, y suena a hueco. Se da cuenta de que, con el pico, ha abierto un pequeño agujero en la superficie.

Y la perplejidad se transforma en enorme sorpresa cuando rompe el cascarón y encuentra la talla de una virgen. “¡He encontrado una virgencita! ¡Y la Virgen me ha hablado!”. “¡Ten piedad!”, me ha dicho.

Pedernal, como pa’ no pedir piedad después del golpetazo que le has dado con el pico. Hasta se le ve a la imagen un ligero roce en la mejilla.

Sí, sí. El Señor Juan lo tiene claro. Lo ha oído. No sabe si la alegría que siente es porque la Madre de Dios le ha escogido de entre todos los mortales para intercambiar unas cuantas palabras o por el revuelo que la historia del hallazgo, con milagro incluido, causará entre sus paisanos.

Se imagina Pedernal siendo recibido por el señor obispo. Imagina que su nombre aparecerá en más de una placa en su honor. Por lo pronto, en la puerta de su casa cuando el Señor lo acoja en su santo seno: “Aquí nació y entregó su alma a Dios Juan Pedernal, vecino de Guadix y fiel devoto, a quien la Santísima Virgen le pidió piedad”. Se imagina recibiendo en casa a diario a fervorosos marianos rogándole que repita, paso por paso el relato de los hechos y premiándole con ricos presentes.

Pero este castillo en el aire que ha levantado en una chispa empieza a desmoronarse desde el momento en que decide contarle su secreto a sus compañeros de obra. “¡De aquí no se mueve la virgen!”, dice uno. “¡En Baza se queda!”, dice otro. El caso es que Juan Pedernal se vuelve pa’ Guadix con el trabajo a medias y sin la virgencita que a él, y no a otro, le ha hablado.

Me imagino lo triste que se siente. Más triste aún cuando se entera de lo que Guadix y Baza acaban de decidir para solucionar la papeleta: que Guadix nombre un comisionado, que lo mande a Baza y que si logra llegar sin mancha alguna hasta la iglesia de la Merced, templo de la Piedad, entonces se la podrá llevar a Guadix. Misión imposibilísima. Me imagino lo que ronda por su cabeza: “en el barrio todo el mundo se reirá de mí, y el gobernador me desterrará, y...” el sentirse fracasado tiene esto, que uno nunca encuentra fin a lo malo por venir.

Tal vez piensa todo esto mientras es manchado y echado de Baza, mientras es recibido y manchado en Guadix.

Pero incluso en esta variante de la leyenda –que dice que Juan Pedernal fue el primer comisionado, el primer Cascamorras-, y como sucede en la vida misma, siempre hay hueco para la esperanza: “Bueno, si no es este año, pues ya lo lograré el próximo”, se convence Pedernal. Y este pensamiento es el que ha acabado pesando sobre la decepción, sobre el abatimiento. Y así ha venido sucediendo. Las expectativas se mantienen intactas 525 años después.

El ánimo de Juan Pedernal, presente en los accitanos que, año tras año, han asumido el papel de Cascamorras, se agarra a ese clavo ardiendo, que quema su orgullo, sí, pero que también lo redime y hace imposible que la palabra fracaso resuma su vuelta de manos vacías a Guadix.

El Cascamorras nunca fracasa, pues nunca se da por vencido. Pedazo de lección la que nos da. No tiene precio que cinco siglos después de todo aquello que se cuenta, siga viva en los accitanos la ilusión de elegir cada año a su emisario del traje de colorines y de ponerlo rumbo a Baza, y que, pese a volver sin haber completado la misión, Guadix lo reciba como una fiesta y mantenga la esperanza de que el Cascamorras pueda el año siguiente de nuevo ponerse en la calle para repetir el ritual.

Esto hace grande, muy grande la fiesta, que se coloca por encima de la disputa que hubo en su origen y del soponcio que se llevaría aquel pobre albañil.

Cuando uno vive fuera -como es mi caso, como es el caso de algunos de los presentes-, cuando se vive lejos de la familia, fuera de tu contexto natural, de tu gente, en otra cultura, usando otro idioma, la ilusión y la esperanza te dan el aliento necesario pa' seguir pa'lante.

Independientemente de si se gana o se pierde, a pesar de todo, siempre hay un amanecer, siempre hay una ocasión para empezar de nuevo, como le pasa al Cascamorras. Creo que, en el fondo, por esta razón, por esa capacidad de renovar el entusiasmo pese a los tropiezos, me atrapa la fiesta cascamorrrera.

Bueno, al César lo que es del César. Mis padres y mi familia también han tenido algo que ver en que sienta un cariño especial por esta tradición.

Tenía la suerte de que mi Mami y mi Chiqui, mis abuelos maternos, vivían en la Carretera Murcia, ya casi a la altura del puente del río Verde. En las tardes del 9 de septiembre, su balcón funcionaba como palco de lujo desde el que seguíamos el primer tramo de la carrera.

Antes de ser corredora cascamorrrera, he sido espectadora y bien puedo decir que también como público se vive muy intensamente esta fiesta.

Cuando mis hermanas y yo éramos chiquitillas, mis padres nos llevaban tempranico a la casa de mis abuelos para evitar resfregones de los chistosos de turno y pa' ir metiéndonos en ambiente, viendo pasar carretera arriba hacia la Estación a los que tenían pensado participar en la carrera.

Recuerdo que mi abuela troceaba para su degustación frutas escarchás y turronecillos que compraba días antes en esos puestecillos de dulcería tradicional que siguen poniendo por estas fechas en la acera del parque. Los mayores se mojaban el gaznate con sidra achampaná y nosotras nos contentábamos con algún refresco.

Además de la convidá, la preparación de los cubos de agua que luego lanzábamos a la marabunta cuando pasaba por debajo formaba también parte de este compás de espera.

Ni que decir que los años en los que era el mismísimo Cascamorras el que pedía agua a los balcones del bloque de mis abuelos, lo celebrábamos con especial alegría. “¡Que viene el Cascamorras! ¡Que está ahí, ahí abajo!”.

En aquellos años de Cascamorras vistos y vividos desde el balcón, me acuerdo de que éste siempre estaba lleno de gente. Mis abuelos, mis padres, mis tíos, tíos de mi madre, mis primas... ambientazo que también se veía en los balcones vecinos. Todos, hasta la bandera.

Con los primeros cuetes chivatos entraban ya nerviecillos. Y con el definitivo, el que anunciaba que el Cascamorras estaba ya en la calle, el movimiento en los balcones, el bullicio en las calles, aumentaba de manera increíble.

Por muchos años que hayan pasado desde mi último Cascamorras desde el balcón, no se me va de la cabeza la imagen de la multitud tintá de almagra, de amarillo, de azulete –los colores del Cascamorras en Guadix- Carretera Murcia abajo ni la de esos grupos grandes pidiendo agua ni la de mis abuelos, mis tíos, mis padres cogiendo los cubos y mis hermanas y yo los cubicos de la playa, llenos todos hasta el borde de agua, y echándoselos a los de allí abajo ni por supuesto la otra imagen de los corredores arrodillados en torno al Cascamorras en la jura de bandera del puente.

Sentir los colores cascamorreros, sentir la ropa empapada y pintada contra la piel también pintada y empapada, eso es punto y aparte. Vivirlo para contarlo. Da igual si chispea como si hace un sol que achicharra, que el subidón que entra cuando estás metido en la carrera, no te lo quita nadie. A ratos la cosa va tranquila. Pero no puede uno fiarse, que te despistas un momento y tienes al Cascamorras pisándote los talones porra en mano. Durante la carrera, hay tiempo para todo.

Para reír, para hablar, para llorar, para santiguarse, para correr, para sentarse, para temblar, para pedir agua y más agua. Para decir, “cuchi, pues si corre maretilla y to”. Para gritar. Para guardar silencio...

Igual que yo conecto con la fiesta de esta manera, con estos recuerdos y estas vivencias, ustedes, vosotros tendréis las vuestras.

Y de estos recuerdos, vivencias y emociones que a cada uno de nosotros nos unen al Cascamorras, podremos sacar los mejores argumentos para terminar de convencernos de la singularidad de esta fiesta y, una vez superado esto, estar en condiciones de convencer a quien haga falta.

Accitanos, bastetanos, cascamorreros todos. No miremos para otro lado. No esperemos que sean siempre otros –la Hermandad, los ayuntamientos, la Diputación, la Junta, el Gobierno central...- los que hagan por la fiesta.

Nadie sino nosotros, accitanos, bastetanos, cascamorreros de a pie que estamos aquí arrojando a José Antonio Escudero, Cascamorras 2015, y todos los que, aunque no presentes, están aquí con el corazón, para validar, con nuestras experiencias y vivencias, la vigencia de esta tradición tan antigua.

Los mejores embajadores de la fiesta somos nosotros. La mejor promoción la tenemos que hacer nosotros. ¿Cómo? Saliendo en masa a la calle el día 6 en Baza, el día 9 en Guadix, bien como corredores, bien como espectadores.

No hay mejor publicidad que hacer que fotos, muchas, den la vuelta al mundo, fotos en las que aparezca gente, mucha, por todos lados. Los ciudadanos rasos somos quienes, con nuestra implicación, demostramos lo profundas que son las raíces de nuestras tradiciones, lo importantes que son para nosotros.

Por eso, si salimos todos el día de la carrera, ya sea pintarrajeados de negro –color cascamorrero bastetano-, o en ocres –color cascamorrero accitano-, ya sea como público, estaremos dando un mensaje muy claro: que el Cascamorras nos importa y mucho.

Promoción de la fiesta que cada uno de nosotros también puede hacer en las redes sociales replicando información sobre la misma, explicándole a quien haga falta de qué va todo esto.

Y haciendo cada cual lo que mejor se le dé. La Hermandad necesita manos y estará gustosa de oír las propuestas que les hagamos llegar.

El pueblo lo formamos nosotros, a título individual, y también en tanto miembros de asociaciones de vecinos, asociaciones gremiales, cofradías...

Círculos de empresarios, asociación de comercio, hosteleros, sois fundamentales. Creed en el Cascamorras. Apostad por él. Es de un atractivo y un potencial tremendo. Mirad a largo plazo. Toda inversión que se haga ahora la recuperaréis con creces en un futuro.

La labor a favor de la fiesta del Cascamorras que se lleva a cabo desde las instituciones que representan al pueblo es también crucial. Aquí hoy hay representantes del Gobierno central, de la Administración regional, provincial, municipal.

Me consta lo mucho que ha batallado –y lo sigue haciendo- la Hermandad de la Virgen de la Piedad por convencerles de lo singular y genuino y, por tanto, interesante como reclamo turístico, que es el Cascamorras.

Sus esfuerzos han calado y ya se ven los frutos de esa insistencia. Pero se puede hacer mucho más.

Ahora que parece que nos hemos decidido por el turismo como motor de desarrollo económico de la zona, el Cascamorras en tanto tradición arraigada, significativa de nuestra tierra, debe estar presente en todas esas estrategias, planes, iniciativas que ustedes estén pensando poner en marcha.

Llamen a las puertas que tengan que llamar. Remuevan Roma con Santiago. Denle proyección. Apostar por el Cascamorras es ir sobre seguro. Hemos de promocionar lo que nos diferencia de otras ciudades de similares características, lo que nos hace únicos.

Dignísimas autoridades. Antes de avanzar en mi discurso, quisiera compartir una reflexión. Reparen en lo mucho que se ha conseguido cuando se ha trabajado por el beneficio común. Quisiera poner en valor los muy positivos efectos del “todos a una”.

Cuando desde los diferentes órganos de gestión y representación, cuando desde las distintas opciones y sensibilidades políticas se ha trabajado por y para la fiesta, esa suma de voluntades ha permitido dar pasos de gigantes.

Les animo a seguir por esta senda. La gresca, la trinchera, el afán por colgarse la medallita, todo eso no son más que despistes y trabas en el camino, ya no sólo para la causa cascamorrrera, sino para todo en general.

En definitiva, es la suma de esfuerzos, de los ciudadanos de a pie, de entidades y asociaciones y de las instituciones, es este compromiso compartido lo que blindará la fiesta y refrendará las declaraciones conseguidas –de interés turístico andaluz, nacional e internacional- y esa denominación de la Unesco que llegará pronto.

Pero, ¿por qué tenemos que implicarnos, queridos accitanos, queridos bastetanos? ¿Por qué hacer tanto por el Cascamorras, asociaciones e instituciones aquí representadas?

Seguro que nos podrían dar más de uno y de dos motivos por los que apoyar la fiesta los cascamorrreros que en un rato serán galardonados, o don Antonio Mirallas, que recibirá el Pin de Oro de la Hermandad, o don Ginés García, a quien se le hará entrega de la Medalla de Oro de la Virgen de la Piedad, o quienes han sido premiados en ediciones anteriores.

Preguntémosles también por las razones para creer en la fuerza de la fiesta a los que han venido encarnando al Cascamorras.

¿Por qué apostar por el Cascamorras?

Por de pronto, a mí se me ocurren unas cuantas razones.

Porque es una fiesta totalmente atípica: nos echamos a las calles con nuestras peores galas y usamos como maquillaje pinturas de agua, almagra, azulete, aceite.

Porque es una fiesta abierta a todo tipo de público, dispuesto, eso sí, a pasar un buen rato.

Porque es una tradición antiquísima. Ya le gustaría tenerla a más de un pueblo.

Tradición en la que hay una clara impronta del carácter local. Ahora hablo como accitana y por cuanto atañe a la celebración de la fiesta aquí, en mi ciudad.

El color predominante en los corredores cascamorreros de Guadix es el marrón-rojizo, color de los cerros que lo rodean, de la arcilla con la que trabajan los alfareros, de los muros de iglesias y conventos, de la Alcazaba, de la Catedral.

Qué hay más de Guadix que los cuetes y la banda de música y ambos, los primeros acompañando en el desarrollo de la carrera, la segunda, con su presencia en diferentes actos cascamorreros, tienen su papel en la fiesta.

Y reconozcámonos los accitanos un mérito tremendo. Que celebremos la derrota como una victoria y que lo hacemos además días después de haberse acabado nuestra feria, o sea, con las pilas flojillas. Y aún así, el día 9 llevamos a nuestros críos al Cascamorras infantil y salimos a la tarde con el Cascamorras. ¡Olé ahí, Guadix!

Fiesta de Guadix y fiesta de Baza. Y con esto caso ya con la otra razón que veo importantísima para entender y creer en el potencial del Cascamorras: porque es símbolo de buena vecindad. La grandeza de la fiesta es que ha transformado en ocasión para la convivencia un motivo originario de disputa.

Baza y Guadix, Guadix y Baza quedan unidos bajo una misma tradición, bajo la devoción por la Virgen de la Piedad. Se ha antepuesto compartir, vivir, disfrutar sobre cualquier tipo de rencilla que pudo haber en el origen de la leyenda. Y esta vocación de reunir y convocar que tiene el Cascamorras, que se celebre no como una afrenta, no como una revancha, sino como una oportunidad para la fiesta, es lo que dota de contenido el festejo, lo que hace distinto nuestro emisario de colorines de otros personajes, en apariencia similares, que pueda haber en otros pueblos de España.

Hablaba antes de lo importante de nuestra implicación. Una denominación por sí sola no hace grande la fiesta. El Cascamorras nos necesita.

Accitanos y bastetanos cascamorreros. Si queremos que una japonesa, un ruso, un texano vengan a las carreras de Baza y Guadix, además de la fuerza de esa imagen impactante de la que antes hablábamos, tenemos que darlo todo por dejar bien claro qué es y qué no es el Cascamorras, y además hacerlo con total convencimiento.

¿Qué no es el Cascamorras?

En el Cascamorras no hay violencia: ni el Cascamorras pega ni le pegan.

No alienta ningún tipo de enemistad.

No somos “algo así como” –ni aspiramos a ser- la Tomatina de Buñol o la batalla del vino de Haro o el festival de los colores Holi de la India, con todos los respetos que merecen cada uno de estos festejos.

El Cascamorras no es una ocasión para el botellón.

Ni para ensuciar la ciudad. No debe aprovecharse para, por gracieta o inconsciencia, ir manchando paredes, mobiliario urbano ni ir pintando a quien no quiere ser manchado. Respeto ante todo.

Y qué sí es el Cascamorras.

Es una fiesta de interés turístico internacional y aspira a ser registrada como patrimonio cultural inmaterial de la humanidad.

Es una tradición que arranca hace 525 años. ¿Quiénes somos nosotros para interrumpirla?

Tiene raíces religiosas y antropológicas: no puede prescindirse de lo primero ni de lo segundo. Ambos elementos la hacen genuina y altamente representativa del sentir local.

Mantiene unidas a dos ciudades vecinas, Guadix y Baza, como antes apuntaba.

En el corazón cascamorbrero no hay sitio para rivalidades.

Es una preciosa metáfora de la vida: convertir un motivo originario de disputa en una fiesta.

Es fe. La de las promesas que la gente hace a la Virgen de la Piedad, promesas convertidas en lazos, los que lleva la bandera que porta el Cascamorras. La de los vítores a la Virgen que se suceden después de las juras de bandera durante las carreras. La de los devotos que nutren las filas de la procesión en Baza. La fe que alienta al Cascamorras a seguir pa'lante cuando las fuerzas empiezan a menguar.

José Antonio, tú lo explicabas muy bien en una reciente entrevista cuando te preguntaban por lo que significaba para ti ese cariño por la Virgen de la Piedad.

Orgullo, emoción, intensidad, alegría, palabras que también usaste para definir las sensaciones que experimentas bajo el traje multicolor. Y el arrope que sientes de parte de bastetanos y accitanos. Pues eso también lo incorporo, con tu permiso, a esta enumeración de síes que dan contenido a la fiesta cascamorrrera.

Es entrega y compromiso, el de la Hermandad, por supuesto, pero también el que muestran todos los cascamorrreros que año tras año apoyan a los sucesores de Juan Pedernal, ya sea con su presencia en la carrera, como público, con un donativo, ayudando a que esto y aquello sea una realidad... se arrima el hombro de muchas maneras.

¿Qué sí es el Cascamorras? Pues eso, una fiesta. Fiesta que, una vez vivida en primera persona, engancha para siempre.

Es color y movimiento, color en movimiento, como bien refleja el cartel de este año. Enhorabuena, MariLuz, por haber captado a la perfección cómo se vive la fiesta del Cascamorras. Es también agua, la que llueve de los balcones. Es el sonido del tambor que guía la comitiva y el de los cohetes que acompañan la carrera.

Es responsabilidad nuestra, de todos los que sentimos los colores cascamorrreros, que la fiesta, lejos de perderse, vaya a más y que dentro de cinco siglos Guadix siga mandando a su comisionado a Baza con la misión de llegar a la Merced sin pintar.

¿A quién decirle qué sí es el Cascamorras y qué no? Los primeros, a nuestros hijos, sobrinos, nietos, vecinillos...

Acerquémonos con nuestros críos al Cascamorras cuando hace su cuetación por las calles ahora en estos días. Además de dar una propinilla para la Hermandad, aprovechemos para saludarle y darle ánimos. Seguro que agradecerá sentirse querido y arropado.

Llevemos a nuestros pequeños al Cascamorras infantil.

Maestros, profesores, catequistas, cualquier explicación que deis a los alumnos en torno a la figura del Cascamorras y su historia, estoy segura de que no caerá en saco roto.

Hay que crear cantera.

¿A quiénes más hablarles de los síes y noes? A nuestros vecinos que aún no se han convencido de lo que el Cascamorras verdaderamente significa y a los de fuera que saben menos o nada.

Y a cualquiera, sea de donde sea, que lo de menos es que hablen otro idioma. Para ejercer de embajadores de la fiesta no es necesario que sepamos hablar las lenguas en las que he dado la bienvenida ni el resto de las que se hablan en todos y cada uno de los rincones del mundo.

Hay un lenguaje que es universal y es el que sale directamente del corazón. Cada cual encontrará la manera de implicarse en esto del Cascamorras y de hacer llegar el mensaje. Si le ponemos ganas, cundirá como la pólvora, será altamente contagioso.

Aunque es deseado un compromiso vivo y activo durante todo el año, en los próximos días tenemos dos ocasiones muy importantes, el día 6, en la carrera de Baza, y el día 9, en Guadix, para demostrar lo mucho que nos importa esta antiquísima tradición, lo orgullosos que nos sentimos de ser accitanos y bastetanos y de lo generosos que somos al ofrecerla a quien se anime a sentirla y vivirla en vivo y en directo.

¡Accitanos! ¡Bastetanos!

¡Viva la Virgen de la Piedad!

¡Viva Baza!

¡Viva Guadix!

¡Viva el Cascamorras!

En Guadix, el 28 de agosto de 2015